

HIPERSOMNIA



DIEGO CHOZAS



HIPERSOMNIA

Primera edición digital: agosto 2020

ISBN: 978-2-490290-46-8

Colección: Medianoche #8

Autor: Diego Chozas

Ilustración: Verónica Leonetti (veronicleonetti.com)

Prólogo: Juan Ángel Laguna Edroso

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



HIPERSOMNIA

Diego Chozas

Anclados en tierra de Morfeo

PARA MÍ, LA LITERATURA ESTÁ ÍNTIMAMENTE LIGADA A LOS SUEÑOS. No es casual que fueran uno de los ejes en torno a los cuales giraba mi primera antología en solitario, *Pesadillas de un niño que no duerme*. La explicación podría estar, simple y llanamente, en el magnífico trabajo que han hecho algunos autores con esta realidad de nuestra existencia, desde Lewis Carroll con su *Alicia en el País de las Maravillas* a Jorge Luis Borges y sus relatos oníricos pasando por el propio H.P. Lovecraft y sus Tierras del Sueño, revisitadas por algunos miembros de su círculo literario. Pero creo que tiene raíces más profundas y vinculadas a la propia narrativa.

Del mismo modo que cuando soñamos, cuando contamos una historia estamos rescatando elementos de lo cotidiano para recombinarlos de una manera particular que puede ser bien original, bien sorprendente, a veces inquietante, otras desoladora, capaz de conmovernos como solo hacen las cosas que tocan directamente nuestro lado más visceral... Así, se crean quimeras, monstruos y también reinos maravillosos, y, al mismo tiempo, revisitamos nuestra existencia, podemos digerirla y entenderla, quizás, algo mejor. O simplemente adentrarnos por sus fisuras, por las simas que entreveamos a diario pero que no osamos o no tenemos el tiempo de explorar. Además, la literatura tiene también un lado inconsciente, o subconsciente, ancestral y primario, inquietante por su propia lógica ilógica. No creo en los autores que realmente planifican sus obras de un modo racional; en mi experiencia, cuando se cuenta una historia, incluso una anécdota de viva voz, damos rienda suelta a elementos propios de nuestra naturaleza, como en los sueños. Tanto estos como la narrativa tienen, a mi parecer, un claro componente dionisiaco.

Este es, por ello, un juego arriesgado. No ya por lo que podamos descubrir de nosotros mismos, sino por la relación que se establece con el propio lector. Para que este aprecie la experiencia que compartimos con él, lo que llamamos la historia, tiene que conectar con ella. Si no se da esa chispa, el desconcierto puede dar paso al hastío, al escepticismo, al rechazo. Por eso la literatura es complicada, más aún la onírica, como es complicado que a alguien le interese escuchar, de por sí, un sueño.

Sin embargo, existen portales, o quizás conjuros, que permiten salvar esta dificultad. Hay pasajes que los iniciados son capaces de encontrar, palabras mágicas, formas de concatenarlas, que nos brindan esa complicidad necesaria. Yo las he encontrado en *Hipersomnia*.

Podría achacarlo a que su autor y yo venimos de la misma tierra, a que ambos nos encontramos viviendo en un país extranjero, enseñando nuestra lengua natal, a que compartimos una pasión por la literatura del siglo XIX... y contentarme con el lado mecanicista de la realidad. Pero uno no monta un sello como Saco de huesos para hablar de cosas banales, así que os voy a hablar de magia. Quizás así podáis compartir la sensación de profunda, inquietante y sugerente extrañeza que me ha dominado con esta obra.

Imaginad que un día os llega un manuscrito. No hace falta que esté en una caja polvorienta, ni compuesto por legajos amarillentos, ni encerrado en una botella a la deriva. Son solo unos caracteres negros sobre una hoja blanca digital. Prosaicos. Al igual que una llave. Pero lo que está al otro lado no lo es, porque es un reflejo de la ciudad donde años atrás viví. No, no es la misma. Nunca lo son en los libros. Pero es ella. Y Diego Chozas me conduce por sus calles y me revela secretos que, desde niño, yo había intuido en sus rincones. Tengo la sensación de escuchar a alguien conocido, a alguien que ha transitado los mismos territorios pero que ha conseguido asomarse a los recodos que yo solo he vislumbrado. La sintonía es tal que tiene un relato titulado como uno mío: «El cuarto de las ratas». ¿Es posible? Sí, claro. ¿Probable? No tanto. De los seiscientos manuscritos que he recibido, es el primero que encierra algo así. ¿Tiene importancia? No tanta como la habilidad del autor.

Me está hechizando, es evidente. Ha conseguido que me asome al vértigo primario de los sueños, ese que la literatura es capaz de emular. Al abismarme en el espejo, me ha mostrado mi mundo, nuestro mundo, y me siento como en uno de esos jardines de senderos que se bifurcan, en una de esas bibliotecas donde todo está encerrado y a veces se escapa un espíritu burlón. *Hipersomnia* es un viaje misterioso a ninguna parte porque ya estamos ahí. Siempre lo habíamos estado. *Hipersomnia* es un caleidoscopio para mirar un mismo mundo desde innumerables facetas brillantes como mil y una noches. Es un libro mágico y ctónico, donde lo cotidiano zozobra por las sombras y las telarañas de nuestra existencia. Es un libro de sueños, en cierto modo, de los de Diego Chozas.

Pero este, como un hábil chamán, nos hace partícipes de ellos. Sí, es tentador pensar que ese misterioso escritor al que nunca he visto y al que probablemente nunca vea (por mucho que me hubiera gustado encontrarlo en Zaragoza) sea una suerte de Alicia personal, que las extrañas coincidencias de su vida con la mía tienen un significado oculto como los que se vislumbran en las historias de Borges. Pero la explicación, por mucho que me pese, es más sencilla: la perturbadora sensación de vértigo que sentí cuando terminé la primera lectura de *Hipersomnia* se debe, es evidente, a la fuerza del propio manuscrito, a la habilidad de su autor, que me predispuso a soñar otros mundos, otros pasajes místéricos, relato a relato.

Esa misma fuerza, lector, que estoy seguro disfrutarás tú también. La misma que te pone la piel de gallina cuando alguien te cuenta un sueño y, sin entenderlo de todo, vislumbra las sombras que en él acechaban.

Juan Ángel Laguna Edroso
Eyriac, Francia, junio de 2019

Los inteligentes

NO LEEMOS LOS PENSAMIENTOS: los rastreamos. Vamos ganándoles terreno hasta alcanzarlos. Y entonces les colocamos riendas, y los cabalgamos mientras queremos. Una vez en los raíles del otro pensamiento, somos capaces incluso de adelantarnos, si queremos. Somos muy veloces. De esta manera, teóricamente, podemos enviar a una casa un sobre cerrado y dentro, por escrito, alguien puede encontrarse con lo que ha pensado instantes atrás, palabra por palabra.

Para los inteligentes, el pensamiento de los demás seres humanos es tan fácil, tan previsible... El pensamiento desprevenido es célere y ligero, y vuela en línea recta. El inteligente sabe dónde colocar una palabra de exterior inofensivo en la trayectoria de un pensamiento ajeno para que la colisión levísima lo desvíe hacia donde él desea; por ejemplo, hacia el suicidio o la locura.

Somos espías de decisiones futuras, asesinos de conciencias y videntes mercenarios desde hace más de dos siglos. Nuestro pensamiento puede llegar a ser tan veloz que se desprende de las palabras que lo entorpecen para operar con una lluvia de imágenes y emociones, tan intensa, a veces, que puede anular la percepción de lo inmediatamente próximo. Nada hay de sobrenatural en este «trance», y no se puede afirmar que «vemos» lo que ocurre en ese instante en otro punto del espacio, sino que, a partir de muy pocos datos, podemos tener fantasías asombrosamente vívidas y certeras. Ciertos inteligentes superdotados y de una técnica extraordinaria, se dice, llegaron en alguna ocasión a simultanear el seguimiento de decenas de miles de pensamientos y a adelantarse, incluso, generando vastas profecías.

El don de la inteligencia por lo general se hereda. Sin embargo, apenas se sabe de dos familias que a lo largo de generaciones han transmitido y perfeccionado sus conocimientos hasta profesionalizarse y llegar a ser conocidos como «los inteligentes» por antonomasia: la de los Alberoni y la mía, enfrentadas desde que, a comienzos del siglo XIX, un antepasado mío condujo a la locura a Giacomo, primogénito por entonces de los primeros.

Desde aquello, ambas familias dirigimos la evolución de nuestra técnica hacia la autoprotección y el ataque, lo que también ha sido aprovechado

por nuestros exclusivos clientes, que acuden a nosotros en busca de los asesinos más limpios, y posiblemente más caros, del mundo. La autoprotección ha exigido especiales esfuerzos, sobre todo desde que se creó la tradición del duelo de primogénitos, que no hizo sino agudizar el encono y el ansia de venganza de las familias. Dolorosamente, todos hemos tenido que estudiar estos duelos como tenebrosas partidas de ajedrez en las que muchos de nuestros antepasados encontraron la locura o la muerte. Aprendemos primero las técnicas del *looping* y del picado en barrena para librarnos del pensamiento persecutor, luego las de la aceleración y el frenado total del pensamiento, después la generación del vacío y el recurso a la irracionalidad (el llamado «regreso inesperado»), y en las últimas generaciones hemos desarrollado la personalidad múltiple con vacío de fondo, para saltar de una mentalidad a otra como maniobra de distracción, o para poder deshacernos de una personalidad «tocada» y guiada inexorablemente al suicidio.

Aunque condenados a vidas itinerantes y apócrifas, a pesar de que no tenemos patria ni nombre exactos, los miembros de ambas familias nos conocemos de vista desde niños. Siempre nos encontramos en los campeonatos de ajedrez en los que participamos durante nuestra infancia y adolescencia. Nos bastan unos minutos enfrentándonos en el tablero para reconocernos. Y así nos vamos tanteando, y los primogénitos van preparándose para su duelo.

Tras el asesinato de mi hermano, yo he quedado como último eslabón de mi familia, si bien los estúpidos duelos acabarán conmigo, o así lo espero.

Lo visité en la cárcel pocos días antes de su muerte, donde lo habían encerrado por un asunto de espionaje industrial, situación en realidad insostenible, pues quien lo retenía era de hecho un gobierno para el que había trabajado en numerosas y delicadas ocasiones. Todavía no había recibido ninguna visita del primogénito de los Alberoni, pero sospechaba que no tardaría en llegar. Le negaban la lectura y restringían al máximo las visitas y las llamadas telefónicas, con lo que sabía muy bien que estaban preparando su ejecución. Él mismo había realizado algunas visitas mortales a prisioneros indeseables aislados en distintos puntos del globo. No temía por su vida, sin embargo. Era uno de los inteligentes más brillantes y prometedores de la historia de la familia, había sido preparado para la ocasión con mimo exquisito, y en todas las partidas de ajedrez en las que se había en-

frentado al primogénito de los Alberoni lo había derrotado humillantemente.

Entonces le conté mi sueño: había un perro al que le habían cercenado la cabeza, pero aún se mantenía en pie, e intentaba ladrar, emitiendo por el agujero de la tráquea borborismos y burbujas sanguinolentas. Luego hice silencio.

Mi hermano me miró por primera vez en su vida y comprendió de inmediato. A continuación se volvió hacia su interior, se distanció de su propio pensamiento como si fuera ajeno y, adelantándose a sí mismo, observó su encadenamiento puro a una velocidad fantástica, hasta llegar al final. Regresó y saltó en un punto al azar a otra línea de pensamiento, como quien salta entre dos trenes en marcha, para encontrarse también allí al extraño perro decapitado, persiguiéndolo y avanzando como un veneno negro, pudriendo todo pensamiento futuro. Ningún truco, ninguna pirueta le sirvió para despistar al animal monstruoso y librarse de su influjo. Fue saltando luego entre sus cuatro personalidades, en miles de puntos, procurando huir de la imagen del perro sin cabeza, pero ésta había quedado prendida a su vacío de fondo y parecía perseguir y guiar por igual sus cuatro líneas de pensamiento, haciéndolas converger con extraña fuerza. Cuatro ovejas hacia el matadero.

Mi hermano era de los mejores y le bastaron apenas unos segundos para realizar todas estas operaciones, asumir su derrota, sonreírme amargamente y reconocer:

—Admirable.